Globethics Repository



La revuelta de los pobladores [The revolt of the people]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Tironi, Eugenio
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-12 21:09:31
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/221318

Nueva Sociedad Nro. 83 Mayo-Junio 1986, pp. 24-32

La revuelta de los pobladores. Integración social y democracia

Eugenio Tironi

Eugenio Tironi: Sociólogo chileno. DEA Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales (París). Coordinador de Investigaciones del Centro de Estudios SUR. Ha sido consultor de CEPAL y PREALC. Autor de: "La Torre de Babel"; "Las Clases Sociales en Chile" (coautor); "Pinochet: Le Liberalisme Réel" (París).

Este artículo da cuenta de los primeros resultados de una investigación sobre las modalidades que adopta la acción colectiva de los "pobladores" chilenos.
"Pobladores" se llama en Chile a los habitantes pobres de la periferia de las ciudades. En los últimos años ellos han devenido en los principales protagonistas de la revuelta social contra el régimen de Pinochet a través de las llamadas "protestas nacionales". La desindustrialización del país, la crisis económica y un proceso de segregación social institucionalizado, han hecho de los pobladores un sector explosivo que ha desplazado a los grupos populares convencionales del primer plano de la escena. La clase obrera, en efecto, sometida a la coerción de la cesantía, no muestra una capacidad significativa de movilización.
Los "pobladores", por su parte, no están en condiciones de transformar su revuelta en una acción social organizada ni en una demanda de cambio consistente, lo que lleva a una espiral de violencia a raíz de la represión policial. Las fuerzas políticas, por su parte, no logran ofrecer una salida. La opción de manipular la violencia latente de los "pobladores" para incrementar el grado de conflicto puede ser muy irresponsable; y la opción predominante que favorece una salida democrática concertada, no sabe qué hacer con este protagonista (los "pobladores") inarticulado y, por ello, incontrolable. En este sentido, la tarea de los partidos políticos parece ser, antes que la de gestionar este nuevo

"contrato social", la de contribuir a la gestación de un actor o movimiento social en este universo de los pobres urbanos[*].

Con una periodicidad desconcertante la ciudad de Santiago es remecida por la movilización, la represión y la violencia en las poblaciones. Caída la noche (cuya oscuridad es reforzada por estratégicos "apagones") pareciera que un monstruo despertara para que nadie pueda pasar por alto su existencia. Las fuerzas armadas y policiales se ocupan de hostigar, pero sobre todo de confinar las "protestas" a la periferia de la ciudad. En Sudáfrica el propósito no es diferente: impedir que la inevitable revuelta de los negros penetre a las zonas exclusivas de los blancos. Pero en Santiago la revuelta logra a veces cortar las carreteras que unen a la ciudad con el resto del territorio, y hasta el acceso al aeropuerto internacional se vuelve en esas ocasiones incierto. La sociedad entera es entonces sacudida por los pobladores. Presos de sentimientos contradictorios, los demás habitantes de Santiago se refugian en sus hogares, se preparan para el inevitable corte de energía eléctrica, miran de reojo el ceremonial de los jóvenes en su desigual combate con las fuerzas policiales y esperan el nuevo día, cuando los pobladores volverán a su forzado anonimato y todo regresará a su corriente normalidad.

"Un fantasma recorre Europa" decía hace más de un siglo Carlos Marx en su histórico Manifiesto: era el comunismo que a su juicio se expandía conjuntamente al fortalecimiento del moderno obrero fabril. En la sociedad chilena de hoy el fantasma parece ser otro, como otros también serían sus soportes: el fantasma es la **desintegración social**, cuya encarnación más patente es aquella masa que, a falta de otra identidad, se le denomina "pobladores". Y así como la Europa de Marx podía ser comprendida fecundamente a partir del estudio del proletariado, es probable que la sociedad chilena de hoy exija comprender el fenómeno de los "pobladores" y su protesta.

La "revuelta de los pobladores", en efecto revela principalmente el sentimiento de exclusión a que se ven sometidos los chilenos más pobres: en otros términos, la ausencia de un orden social donde poder participar legítimamente. En efecto, la destrucción del sistema político democrático y el intento abortado por fundar una regulación social a partir de la libertad de los mercados terminó de manera brutal, sin dejar nada en cambio, con el tipo de sociedad anterior caracterizada por los procesos de integración y movilización social que, en especial a partir de los años treinta, se expandieron en Chile de manera notable junto a la producción manufacturera y el imaginario industrialista. La "agitación en las poblaciones", en este sentido, tiene la impagable virtud de poner de manifiesto en la vida ordinaria de los chilenos el tema de las condiciones sociológicas de la democracia; dicho de otro modo, la extrema dispersión social con que ha de enfrentarse un proyecto de construcción de orden democrático.

---

* Una versión resumida de este trabajo fue publicada en *Mensaje* Nº 345, diciembre 1985 con el título "El fantasma de los pobladores".

La intervención sociológica

La problemática que viene de ser expuesta nos llevó a emprender una investigación sobre las formas de acción colectiva en el espacio urbano-popular preguntándonos si se puede hablar de los "pobladores" como de un actor social[1]. De nuestro ánimo está bastante lejos un enfoque voluntarista teñido de mitología populista; con todo, la orientación de este estudio implica un cambio de óptica que conviene explicitar brevemente.

En efecto, por varios años nuestro interés se ha focalizado en el problema de la desintegración o disolución social; término que hemos aplicado para referirnos a una situación donde coinciden la desestructuración del sistema de posiciones socio-ocupacionales, la destrucción sin sustituto del antiguo orden simbólico de la sociedad y un estado estructural de anomia que corroe las normas e instituciones, resultado de lo cual se crea una situación de masas donde individuos atomizados o replegados sobre organizaciones primarias dependen crecientemente de un Estado centralizador o de una institución como la Iglesia[2]. Para decirlo en el lenguaje de Lockwood, se ha tratado del asunto de la integración **del sistema**, o sea la interdependencia funcional entre instituciones y roles, de una parte y del asunto de la integración **social**, vale decir la cohesión de los grupos y de la sociedad en torno a creencias y representaciones colectivas, de la otra.

Si bien nuestro interés se ha venido desplazando en el último tiempo hacia la segunda dimensión, hasta ahora se había mantenido en el plano macrosocial de la integración sin incursionar en el campo de los actores. En este sentido la investigación en que ahora estamos abocadas marca una ruptura con esa trayectoria en tanto su objeto es el sentido de la acción que realiza un grupo social específico: los pobladores. En la jerga sociológica convencional se diría que nos trasladamos desde el plano del sistema al plano de los actores, para reinterrogar desde ellos la problemática anunciada arriba.

Pues bien la perspectiva adoptada nos condujo al método de la **intervención sociológica**[3]. Como lo expone A. Touraine se trata de un método que se pretende apropiado al estudio de las conductas colectivas por medio de las cuales se constituyen **movimientos sociales** en el conflicto por controlar las orientaciones globales (inversión, normas y conocimiento) de la sociedad. En cuanto a sus características reúne muchas facetas familiares con la investigación experimental, en este caso mediante el procedimiento de proponer hipótesis para ser falsificadas o validadas por los propios actores.

---

1 En la investigación participan E. Valenzuela, V. Espinoza, P. Saball, F. Echeverría y el autor. El estudio lo realiza SUR en convenio con el Centro de Análisis e Intervención Socilógica de la EHESS de París. Por la contraparte francesa ha participado el sociólogo F. Dubet. El material de la investigación está contenido en los Documentos de Trabajo de SUR Nos. 44 al 48, 1985.

2 Tironi, E.: "El fenómeno de la disolución social", memoria de DEA, Ecole des Hawlt Etudes en Sciences Sociales. París, 1984.

3 Touraine, A.: **Le voix et le regard**, Le Seuil, París, 1978.

Concretamente la "intervención sociopolítica" se basa en el trabajo de grupos formados por agentes comprometidos de una manera práctica en la acción colectiva que interesa estudiar. Estos grupos carecen de valor representativo, aunque tratan de integrar los diversos tipos de acción que confluyen en el movimiento. De otra parte no son grupos naturales sino enteramente artificiales, vale decir constituidos expresamente para la investigación: los participantes, en este sentido, son invitados a participar en una indagación sobre el significado de la acción colectiva en que están involucrados. El trabajo de los grupos consiste en ponerlos en situación de debate con "interlocutores" personajes sociales que actúan cotidianamente frente a ellos como aliados o adversarios: efectuándose entre medio sesiones "cerradas" donde el grupo toma distancia de su práctica - la que hasta cierto punto ha sido dramatizada en la confrontación con los "interlocutores" - y la somete a reflexión con la ayuda de los investigadores.

La labor de los investigadores consiste, primeramente, en hacer que el grupo no se centre particularistamente sobre sí mismo, lo que no es fácil de conseguir habida cuenta que no se trabaja con dirigentes ni ideológos. En segundo término los investigadores tienen que favorecer un autoanálisis que ponga de relieve el sentido de la acción colectiva en que participan los miembros del grupo, lo que se consigue sobre todo mediante la interacción con los "interlocutores". En seguida, los investigadores proponen hipótesis que buscan articular la experiencia particular de los participantes con la orientación general del movimiento social en que están insertos. El "criterio de validación" del método consiste precisamente en el paso del auto análisis al reconocimiento del grupo en las hipótesis que le son propuestas. El procedimiento conlleva para el investigador una fuerte tensión, ya que debe actuar sucesivamente como intérprete del grupo - que lo lleva habitualmente a una ruptura con sus ideas preconcebidas - y como un productor de hipótesis "sobre la marcha", muchas de las cuales son resistidas y rechazadas por aquél.

En nuestro caso configuramos un espacio de debate y reflexión donde participaron dirigentes poblacionales de nivel local, todos ellos de una misma zona de Santiago, la oeste. Organizamos dos grupos de diez personas lo más ampliamente representativos en cuanto a edad, sexo, opinión política y lógicas organizativas. Un grupo lo llamamos "reivindicativo", y estaba compuesto de dirigentes de organismos destinados a negociar y presionar sobre la autoridad pública: v.gr. comité de deudores, juntas de vecinos, sindicatos de trabajadores eventuales, dirigentes PEM-POJH**, cooperativas de vivienda. El otro, que denominamos "comunitario", estuvo compuesto de personas con participación en comunidades eclesiales de base de distinto tipo, en agrupaciones solidarias y en grupos culturales.

El ejercicio fundamental consistió en la confrontación de los grupos con los "interlocutores": el primer grupo debatió con un alto funcionario municipal, un dirigente de la Coordinadora Metropolitana de Pobladores, un dirigente de los Colegios Profesionales, un dirigente obrero de la CNT (Comando Nacional de

** Programas oficiales de subsidio a personas desocupadas (N. de la R.).

Trabajadores), un dirigente de la UDI (Unión Democrática Independiente), un ex funcionario del gobierno de Allende y un miembro de la directiva del Movimiento Poblacional Solidaridad; el grupo "comunitario" tuvo a su vez como "interlocutores" a una dirigente del movimiento feminista, un párroco de un barrio popular proclive a la teología de la liberación, un dirigente de las juventudes comunistas, un dirigente de la UDI y un representante del Partido Socialista (Alianza Democrática). A lo largo de seis semanas realizamos doce sesiones con cada grupo, las que se registraron metódicamente. Basándose en esta experiencia los grupos fueron enfrentados, en la etapa final, a un conjunto de hipótesis acerca de su comportamiento social.

Los resultados de la investigación son todavía parciales y las conclusiones, por tanto, provisorias. Está pendiente, en primer lugar, el análisis de lógicas de acción que voluntariamente no consideramos en esta primera etapa (como la "política", la de los jóvenes "volados", entre otras), y en segundo lugar, observar como todas esas lógicas se relacionan entre sí y se descomponen. Hay que advertir, de otra parte, que esta investigación toca apenas lateralmente aquello que se presenta habitualmente como el "movimiento de pobladores": a saber, la trayectoria de las organizaciones, dirigentes, plataformas y discursos de las instancias más o menos formales y burocratizadas (los llamados "referentes") que aspiran a ser representativas de los pobladores. Con todo, algo se puede adelantar sobre las orientaciones "reivindicativas" y "comunitarias" en el universo urbano-popular y sus implicancias desde la óptica de la construcción de un orden social.

Crisis de la acción reivindicativa

Lo primero que llama la atención es encontrarse con una suerte de "clase de los dirigentes poblacionales" hoy en día invadida por la frustración: ella, a la vez, se siente privada de influencia (frente a los poderes públicos y los partidos políticos) y abandonada por la gente, por la base de los pobladores[4].

Los pobladores parecen conformar un mundo distinto al de los dirigentes. A juicio de estos últimos el poblador, pobre, desocupado y hostigado, vive sumido en la inseguridad; está desorganizado, envuelto en comportamientos individualistas, volcado a la inmediatez de la subsistencia; rechaza las movilizaciones colectivas, salvo que tengan un fuerte respaldo institucional (de la Iglesia, por ejemplo), cuenten con la participación de otros grupos sociales (los profesionales, por ejemplo) y persigan objetivos viables; las relaciones entre sí son de rivalidad antes que de solidaridad; el poblador es reacio también a la política porque se la representa como causa de división a partir de las experiencias de la Unidad Popular y el golpe de Estado; el poblador es muy dependiente del gobierno, que le proporciona trabajo a través del POJH, vivienda y alimentación a través de los múltiples subsidios que forman la red de ayuda social; en fin, el poblador es

4 Para hacer más fácil la lectura omitimos incluir aquí el respaldo de los comentarios que emitiremos a continuación, conformado por las actas de las distintas sesiones y que se incluyen en los documentos de trabajo mencionados.

ignorante de sus derechos, es ciego y no quiere ver lo que pasa en el país.

El dirigente, por otra parte, lo ha sido durante muchos años (sea en el sindicato, la junta de vecinos, las Juntas de Abastecimientos y Precios-JAP, la cooperativa, el comité de deudores...): no se trata de una condición sujeta a circunstancias pasajeras sino de una actividad ordinaria cuyo origen seguramente está en necesidades personales muy profundas. Vive su condición con una vocación identificada con el "desarrollo de la comunidad" no con la política en un sentido partidista o ideológico. Pese a las incomprensiones el dirigente no desea abandonar su función porque ella le permite además escapar aunque sea mínimamente de la segregación, reducir las distancias sociales diferenciarse en la población. Su objetivo principal es la movilidad de sus representados. El blanco privilegiado es el Estado a quien se le exige proporcione los medios para ese fin. Su relación con él es contradictoria: es de una parte el antagonista que le niega esos recursos, pero de otra el aliado cuyo concurso necesita el dirigente para construir y mantener su ascendiente sobre la gente. Otro punto de apoyo son los partidos políticos, cuyo soporte incrementa la capacidad de negociación sobre la autoridad pública. La política y la democracia, en este sentido, son concebidas casi exclusivamente como sistemas abiertos de procesamiento de demandas. Las experiencias del pasado, sin embargo, hacen de la política un campo de recelos y recriminaciones; quizás por lo mismo suponen que el entendimiento entre los políticos creará la "unidad de los pobladores".

Pero esos rasgos comunes no agotan la descripción del dirigente poblacional. Hay diferenciaciones internas a partir de las cuales se puede ensayar hasta una suerte de tipología. Está el dirigente **negociador** abocado pragmáticamente a la solución de problemas (casos) de índole individual sobre la base de las gestiones de la directiva y con total autonomía de los partidos políticos. De otra parte, está el dirigente **comunitario**, aquél preocupado de la promoción más integral de las familias y de la toma de conciencia al margen del divisionismo que producen los partidos. Hay también un tipo de dirigente **reinvindicativo** (versión poblacional del sindicalista tradicional) que actúa pragmáticamente tras soluciones (como el negociador) pero que se esfuerza por organizar a la base para elevar la capacidad de negociación, intenta involucrar a los partidos como respaldo, y culpa de los problemas al "sistema". Por último está el **activista**, o sea el dirigente que prescinde de los problemas individuales e inmediatos, ejerce una función pedagógica sobre la gente para que entiendan las causas estructurales de sus privaciones y apunta prioritariamente a la movilización política según orientaciones partidarias.

Todas esas lógicas de acción, sin embargo, desembocan, hoy por hoy, en la frustración de los dirigentes poblacionales. Porque el "negociador" no puede ofrecer soluciones, porque son escasas y pasan directamente de la repartición pública al poblador sin dejar espacio alguno para su intermediación; el "comunitario", por su parte no administra recursos para impulsar la "promoción popular", el "reivindicativo" no tiene en el Estado un interlocutor que se sitúe frente a él en posición de negociación, ni base organizada ni apoyo político que

sirvan de instrumentos de presión; en fin, el "activista" no logra generar situaciones de conflicto: cuando éstos se producen ellos son efecto de circunstancias nacionales fuera de su control (las "protestas", por ejemplo) o son estallidos extranjeros a todo discurso político.

El régimen autoritario, la exclusión social y la crisis económica, con la consiguiente apatía de la gente, han llevado a la crisis de la acción reivindicativa[5]. Ni en el Estado, ni en los pobladores, encuentra el dirigente la receptividad que necesita para cumplir con su rol tradicional de articulador y organizador. Lo afecta sobre todo la indiferencia de los pobladores ante sus llamados, y la ingratitud que manifiestan ante sus esfuerzos. El sentimiento de abandono vale también para los partidos políticos, que lo han dejado solo en estos años: la Iglesia, al contrario, jamás lo ha abandonado. Y compara con amargura su suerte con la del dirigente sindical, que ha conquistado un espacio en la clase política de oposición, y desde allí, un liderazgo político hacia el conjunto de los sectores populares.

El dirigente poblacional reivindicativo conoce bien su situación: que el Estado no le reconoce una función de intermediación, que no encuentra en él un interlocutor, y que por tanto no puede ofrecer resultados a los pobladores. Sabe también que esto obedece a un cuadro general: la salida, por lo tanto, es vista inevitablemente vinculada con la política. Esto le lleva a tomar posiciones, las que son llamativamente coincidentes con la tipología que explicamos más arriba. En efecto, los dirigentes tipo "negociador" y "reivindicativo" se inclinan preferentemente por salidas de carácter **concertacionista**, diferenciándose en que los del primer tipo ponen un énfasis más social ("pacto social" para construir un orden democrático estable) y los segundos un énfasis más político (acuerdo anti-Pinochet de los partidos); los dirigentes del tipo "comunitario" y "agitador", de otro lado, comparten una lógica más **holista** que pone énfasis en proyectos de unificación de la nación, en el primer caso y de la clase de "los pobres" en el segundo[6]. Como nunca antes la sobrevivencia del dirigente poblacional como líder social depende de un cambio político global; pero como nunca antes también, aquél siente la impotencia de no poder incidir prácticamente en la producción de ese cambio.

Renacimiento comunitario

La crisis de la acción reivindicativa engendra reacciones de distinto tipo. Hay respuestas de tipo estrictamente individual que implican el abandono de toda vocación pública: las hay también de tipo anómico, como el recurso a una violencia eminentemente expresiva; y se presentan reacciones colectivas pero de tipo defensivo, como en la reconstrucción de comunidades secundarias, o sea más allá de la familia. Esta última es una tendencia que ha alcanzado proporciones significativas y sobre la cual se pueden también emitir algunos comentarios a

5 Hay que hacer notar que esta crisis no difiere sustancialmente de la que enfrenta la acción sindical bajo el régimen militar.

6 Esta formulación retoma la dicotomía entre "pacto" y "proyecto" formulada por Flisfisch, A: "Consenso, pacto, proyecto y estabilidad democrática" CED, Documento de Trabajo Nº 8, 1984, Santiago.

partir de nuestra investigación.

No es aventurado hablar de un renacimiento comunitario en el mundo popular (y, seguramente, no sólo en aquél). Este se identifica básicamente con un tipo de acción colectiva sujeta a principios de integración eminentemente afectivos y valóricos. En el caso que nos ocupa esto se da mezclado con una fuerte vivencia religiosa (cristiana y evangélica) y, en muchos casos, con la mistificación de "lo popular" frente a una modernidad identificada con el mundo del mercado y de las instituciones. Se trata ciertamente de una reacción frente a los procesos desintegrativos que trajo consigo el ensayo reciente de mercantilizar las relaciones sociales. Como se dijo, ello significó, de una parte, la brusca ruptura con los procesos de movilización y secularización acelerada de los decenios previos a 1973, y de otra, un proceso de exclusión. El recurso a la comunidad responde a una búsqueda de protección en certezas fundamentales, en la fusión con los iguales, en el afecto, en la ética o en la historia; es, en este sentido, un rechazo al tipo de modernización que impulsó este régimen y una compensación al vacío que dejó la cancelación del modelo de la "promoción popular".

P. Saball y E. Valenzuela distinguieron las diversas formas que ha adoptado este renacimiento comunitario[7]. Una de ellas es el comunitarismo **profético**, cuya identidad es marcadamente afectiva, por lo que rechaza las mediaciones institucionales y la política entendida como actividad racional con arreglo a fines: el principio básico es la defensa de los derechos humanos frente a la acción de cualquier poder formalizado, la parusía es el comunitarismo total, el paradigma individual, el sacrificio, más cotidianamente el testimonio. Hay también un comunitarismo obrero, aquél que rechaza a la vez la corporativización y la politización de la acción sindical y recuerda con nostalgia el sindicalismo de tipo mancomunal organizado sobre el valor ético del trabajo frente a un mundo capitalista en descomposición. Se observa también una fuerte expansión del comunitarismo **evangélico**, aquél del mundo popular sometido a la exclusión y desintegración más radical y que apela a la fe como única esperanza de salvación ante la hostilidad de la historia, ante una situación existencial de desorden y miseria. Por último, se puede identificar un comunitarismo más **político**, que persigue realizar las expectativas frustradas de movilidad social por la vía de una suerte de populismo cristiano.

Los límites de esas diversas formas de acción comunitaria son evidentes para sus propios protagonistas, con la excepción del caso evangélico o pentecostal. Ellos sobresalen con claridad en coyunturas de mayor movilización y politización: en particular las limitaciones de la acción comunitaria en términos de la transformación y estabilización democráticas, su insalvable incompatibilidad con el mundo institucionalizado, y en el medio popular, con la lógica de los partidos políticos; todo lo cual conduce hoy por hoy, a un doloroso pero inevitable

7 Saball, P.; Valenzuela, E.: "La acción comunitaria", SUR, Documento de Trabajo Nº 48, Santiago, 1985.

redimensionamiento del comunitarismo popular de tipo "progresista"[8].

El recurso de la violencia

La acción social en el medio popular urbano se ve polarizada entre, por una parte, la actividad heterónoma de dirigentes reivindicativos que carecen de medios para ser efectivos y reproducir su representatividad, y por la otra, un comunitarismo defensivo en algunos casos indiferente, en otros impotente, y en otros reactivo frente a la política. Estas dos orientaciones divergentes se hallan a su vez internamente diferenciadas; todo lo cual conduce a que no se plasme un movimiento social fuerte ni se logre distinguir con claridad un nuevo orden social emergente.

Touraine siempre se refiere a las dos caras de la acción colectiva: una cara defensiva, con un acento particularista y en el límite corporativo, y una cara ofensiva, referida al conflicto por el control de las orientaciones sociales. **Toda** conducta social está compuesta por estas dos tendencias básicas que se articulan entre sí con una dominancia defensiva u ofensiva según el sistema social en que se desenvuelva; vale decir, **todo** actor social combina una "acción reivindicativa" con una "acción comunitaria", para emplear las categorías usadas precedentemente: un "movimiento social", para Touraine, es precisamente un tipo de acción colectiva dominada por la cara ofensiva.

Pues bien, en el caso que estamos estudiando de los pobladores nos encontramos primeramente con la desarticulación entre las orientaciones ofensiva (la acción reivindicativa) y defensiva (la acción comunitaria); y en segundo lugar, con una situación donde uno y otro tipo de acción encuentran obstáculos que las llevan a ambas a un punto crítico. En estas circunstancias parece difícil, por ejemplo, referirse a los pobladores como a un "movimiento social". En efecto, la crisis de la acción reivindicativa y los límites del comunitarismo desembocan en un fenómeno que corresponde bastante aproximadamente a lo que Touraine denomina a veces genéricamente como un "antimovimiento social", cuya expresión más patente es la violencia.

Hay que reconocer que nuestra investigación aún no arroja resultados sobre ese fenómeno de crucial importancia. Nuestra hipótesis, sin embargo, es que la violencia responde a una doble fractura: la primera es aquella entre la clase

8 El comunitarismo es sin duda un movimiento de crítica moral y experimentación social del cual no puede prescindir un orden democrático moderno. Con todo, la anteposición de la ética a la política, como se sabe, encierra los riesgos de precipitar hacia conductas "románticas" o fundamentalistas. En cierto límite hay una incompatibilidad entre comunitarismo y acción política partidaria, aunque ésta no siempre se presenta como tal. Al contrario, el problema está en que muchas veces la lógica comunitaria impregna a los partidos, con lo que éstos se vuelven verdaderos refugios afectivos para sus integrantes antes que en organizaciones programáticas racionales y burocráticas: éste, que era tradicionalmente el caso de los "partidos chicos" lo es ahora en Chile también - y quizás más netamente aún por la fuerza identificatoria que les proporciona su historia - de los "partidos grandes". Ver Le Saux, M.: "Aspectos psicológicos de la militancia de izquierda en Chile desde 1973", SUR, Documento de Trabajo Nº 49, 1985.

política, en cuyo seno buscan replegarse los dirigentes poblacionales reivindicativos así como lo hicieron antes los sindicalistas, y a la vida comunitaria que cotidianamente rechaza a la política; la segunda es la fractura entre las poblaciones, suertes de **homelands** adonde están siendo confinados los pobres urbanos, y el resto de la sociedad, cuya cohesión parece concertarse cada vez más sobre la base de esta discriminación geográfica y social[9].

Entre comunidad y política, entre las poblaciones y el resto de la ciudad, hay un vacío que tiende a ser llenado por la violencia, especialmente de los jóvenes. Quizás la única fuerza que se ha mostrado capaz de competir con ella llenando ese vacío es la Iglesia, quien posee las propiedades institucionales para hacer de puente entre esos dos mundos: un rol decisivo cabe en este aspecto a los "curas", cuya autoridad es reconocida por los pobladores porque han estado incondicionalmente con ellos, por una parte, y poseen por la otra los medios para burlar la segregación y conectarlos con el resto de la sociedad.

Conclusión

La "agitación de las poblaciones" dista mucho del actor social popular que se conoció en Chile en el pasado, aquel dueño de un proyecto histórico identificado con el Estado, la industria y la democracia, internamente cohesionado en torno a los trabajadores, que actuaba - en fin - a plena luz del día. El cuadro general de desintegración que antes hemos observado desde el punto de vista del sistema social parece reproducirse aquí en el plano de los actores del campo urbano-popular.

Los pobladores han sido capaces, con sus "protestas", de volverse visibles (aunque sea como fantasma) a una sociedad que tiende a prescindir de ellos en la hora de establecer sus formas de cohesión. La acción de los pobladores, sin embargo, carece de la articulación necesaria como para que ellos puedan hacerse representar en la edificación de un orden democrático según una lógica concertacionista; su situación, por el contrario, se identifica más con la peligrosa situación de masas "en disponibilidad" para pasar de la apatía a una movilización de tipo milenarista, y viceversa[10]. La superposición de un corte **social** cada vez más neto al corte político que hay entre la Alianza Democrática y el Movimiento Democrático Popular, la impotencia de la fórmula del Acuerdo Nacional para penetrar en los grupos sociales más excluidos, en fin, el peso persistente de la Iglesia como factor

9 Entre 1980 y 1985 en Santiago han sido "erradicadas" alrededor de 150 mil personas (*Hechos urbanos* Nº 48, diciembre 1985). La "erradicación" es un eufemismo que designa el confinamiento a la periferia de la ciudad de los sectores pobres que vivían en campamentos enclavados en zonas urbanas socialmente valorizadas.

10 En este sentido cobra una extraordinaria importancia la gestación en los últimos años de organizaciones que, aunque tienen un origen político, compiten por representar las demandas de los pobladores v.gr. Movimiento Poblacional Solidaridad, Movimiento Dignidad, COAPO y Metropolitana de Pobladores. El presidente y otro dirigente de este último "referente poblacional" fueron acusados por el gobierno de promover las "protestas" y pasaron varios meses en prisión junto a los principales dirigentes sindicales nacionales; hecho que tiene un incuestionable valor de símbolo.

organizador del mundo popular, son todas muestras de lo que venimos de relevar.

Lo que el fenómeno de los pobladores deja en evidencia, por lo tanto, es que no se puede pretender construir un orden social democrático simplemente sustituyendo la ilusión contractualista neoliberal de base económica, por otra ilusión del mismo cuño; a saber, que la cohesión social resultará automáticamente, bien de la suscripción de un pacto sobre las normas de regulación política, bien de un "pacto social" del cual, por las exigencias que impone a la entrada, quedaría excluida precisamente esta masa inarticulada de los pobladores[11].

Condición de la democracia será pues la transformación de la "agitación de las poblaciones" en acción social estructurada. Este no es sólo un problema de los dirigentes o "referentes" poblacionales; la clase política podría, por lo menos, abstenerse de manipularla en función de estrategias de sobrevivencia partidaria o de tomarla exclusivamente como una "amenaza" a proyectos muchas veces elitescos de concertación. Pero sobre todo, la misma democracia debe ser concebida como un espacio de **creación** de identidades colectivas, de representaciones comunes, de un sentimiento compartido de nación, y no como un mero mecanismo político de regulación entre actores ya constituidos; para ponerlo en otros términos, la democracia en Chile no puede desentenderse del problema de la integración social.

Referencias

Anónimo, MENSAJE. 345 - 1985; El fantasma de los pobladores.
Valenzuela, E.; Espinoza, V.; Saball, P.; Echeverría, F., DOCUMENTOS DE TRABAJO DE SUR. 44-48 - 1985; El fenómeno de la disolución social.
Tironi, E., MEMORIA DE DEA, ECOLE DES HAWLT ETUDES EN SCIENCES SOCIALES. - París, Francia. 1984; Consenso, pacto, proyecto y estabilidad democrática.
Touraine, A., LE VOIX ET LE REGARD. - París, Francia. e Suitb. 1978; La acción comunitaria.
Flisfisch, A., CED, DOCUMENTO DE TRABAJO. 8 - Santiago, Chile. 1984; Aspectos psicológicos de la militancia de izquierda en Chile desde 1973.
Saball, P.; Valenzuela, E., SUR, DOCUMENTO DE TRABAJO. 48 - Santiago, Chile. 1985; El problema de la democracia.
Le Saux, M., SUR, DOCUMENTO DE TRABAJO. 49 - 1985;
Anónimo, HECHOS URBANOS. 48 - 1985;
Tironi, E., MENSAJE. 339 - 1985;
Tironi, E., LA TORRE DE BABEL. - Santiago, SUR. 1984;

11 Tironi, E.: "El problema de la democracia", *Mensaje* Nº 339, junio 1985; también **La Torre de Babel**, Santiago, SUR, 1984.